

embrionarias anti-austeridad. El *Movimento 5 Stelle* es el verdadero protagonista del capítulo, combinando factores ya tratados en capítulos anteriores, como la importancia de los “movimientos en red” o el oportunismo; pero también nuevos elementos como el rechazo de la política tradicional, el hiperliderazgo o la ambigüedad de sus planteamientos. Su anti-política ha acabado dirigiéndose, según los autores, hacia la *realpolitik* en detrimento de la anti-austeridad, probablemente debido a la incapacidad de los movimientos sociales que nutren al M5S de hegemonizar la organización.

En definitiva, y para no prolongar la lectura con lentes ajenas, estamos ante la apertura de un intenso y complejo debate que no podía tener mejor introducción que la presente obra colectiva.

**Sánchez Marcos, Fernando, *Las huellas del futuro. Historiografía y cultura histórica en el siglo XX*. Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2012, pp. 230.**

Por Alberto Martín Torres  
(Universidad de Cádiz)

Fernando Sánchez Marcos es catedrático de historia moderna de la Universidad de Barcelona y codirector del máster en Historia y comunicación cultural. Ha escrito varios ensayos sobre historiografía, como *Invitación a la historia. La historiografía, de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos* (2002), y editado la obra de Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX* (1998, 2ª ed.), quizás uno de los textos principales para entender el devenir historiográfico del último siglo y una de las fuentes principales del presente libro. Además, Sánchez Marcos creó la web *culturahistorica.es*, un portal “multilingüe sobre cultura histórica, historiografía y teoría de la historia” y que sigue operativo, ofreciendo numerosos recursos y contenidos sobre el particular. El presente libro bien podría considerarse una completa síntesis de cómo los estudios históricos se han ido desarrollando a lo largo del último siglo, pero también los últimos años del joven siglo XXI, incluyendo además apartados dedicados a las últimas tendencias historiográficas, su impacto en el panorama historiográfico internacional y su utilidad y fun-

cionalidad como marcos teóricos y metodológicos del estudio de la Historia.

Síntesis, sí, pero algo más. El mismo autor expresa en la presentación de la obra que, así como un repaso de la práctica historiográfica, busca dar a conocer “los cambiantes climas culturales preponderantes en cada etapa; las diversas mentalidades y expectativas político-sociales” (p. 12) sobre y a partir de los cuales se ha desarrollado la “escritura histórica”. *Las huellas del futuro* inciden tanto en los análisis teórico-metodológicos presentes a lo largo del tiempo, como en lo que el autor denomina cultura histórica, sobre lo que reflexionará en el último capítulo de la obra. En cuanto al concepto de «historia» para Sánchez Marcos, mantiene que no puede limitarse a una “construcción mental del historiador” (p. 20), sino que se construye a partir de una realidad a la que se intenta llegar. La Historia tiene, por tanto, un doble sentido de acontecimientos y representaciones. Por último, sobre el método de análisis utilizado, destacar que el libro no se limita a una enumeración de autores y obras que tratan del estudio de la historia, sino que se trata de averiguar “qué visiones del mundo, opciones político-sociales, formas estéticas y métodos de indagación sobre los vestigios del pasado han estado en juego en la creación de la obra histórica” (p. 24).

Todos estos aspectos son puestos a prueba desde los primeros capítulos. Tras una breve exposición sobre las principales claves de la teoría historiográfica tradicional durante el siglo XIX y principios del XX, toca el turno a la revista *Annales*. Si dedica todo un apartado a las tres grandes generaciones de historiadores de la revista francesa es debido a las innovaciones que, si bien algunas ya se estaban apuntando, promovieron y expandieron desde Bloch y Febvre hasta Ladurie o Le Goff. Entre estas novedades destacaban el interés por la interdisciplinariedad y la crítica hacia las tendencias tradicionales, las cuales podían apuntarse en la ampliación del propio objeto de estudio de la historia (más allá de los grandes personajes), de las fuentes (trascendiendo la exclusiva importancia dada a los documentos históricos) o incluso del mismísimo tiempo (el peso historiográfico de Braudel se analiza en un subapartado propio). Aun con todos estos halagos, Sánchez

Marcos incluye algunos apuntes críticos al devenir de *Annales*. No presta demasiada atención a la pretendida historia total de los franceses, pero sí a la falta de síntesis, a la “pérdida de vigor” tras la tercera generación y la muerte de Braudel o a la limitación temática de sus publicaciones, con poca historia antigua, del siglo XX, política o religiosa.

El capítulo posterior trata lo que constituyen para el autor las otras dos grandes escuelas historiográficas del siglo XX. Se trata de la Escuela de Bielefeld que ejemplifica las tendencias germánicas (de la RFA), muy fructíferas especialmente tras la segunda guerra mundial y cliometristas norteamericanos. Destacan las figuras de Kocka y Robert Fogel, así como se apunta a la llegada del ordenador personal como factor clave en las renovaciones metodológicas, sobre todo en la cliometría, ya que facilitó enormemente los trabajos cuantitativos. Siguiendo el índice, con la inclusión a continuación de un capítulo sobre la “diversificación del marxismo” y su influencia en la historiografía se podría pensar que trata o bien de una revisión del complejo devenir de los diferentes enfoques historiográficos marxistas europeos como las generaciones de marxistas británicos, o bien de una breve síntesis de la producción historiográfica del bloque soviético, habría que aclarar que, si bien resultaría cualquiera de las temáticas ciertamente interesantes, no trata de ninguna de ellas.

No solo simplifica el enfoque a estructuralistas y culturalistas o lo asocia exclusivamente a una línea político-ideológica, sino que no lo hace por desconocimiento. En efecto, entre las fuentes citadas (muy brevemente) cuenta con las obras de Julián Casanova o Geoff Eley, síntesis bastante completas y rigurosas, pero que quedan completamente reducidas a una nota a pie de página. Si bien termina reconociendo cierto “efecto saludable” en el papel de estos enfoques en el devenir historiográfico, relativizar toda la aportación de los marxistas británicos, la influencia del marxismo dentro del mismo *Annales* e incluso su propia evolución crítica interna puede apuntarse como una de las pocas carencias que ofrece esta obra. Se habla poco de la Historia Social, pero mucho de todas las propuestas que derivaron de ella, si bien se le presta mayor atención al famoso artículo de

Lawrence Stone sobre la vuelta a la narrativa. Separado por este último del capítulo sobre marxismo, aparecen otros dedicados a la microhistoria italiana, la *Alltagsgeschichte* alemana y la historia de género. Sin embargo, pese a su brevedad, resultan textos con numerosas referencias bibliográficas y datos interesantes y constituyen la muestra de la progresiva crisis de las grandes escuelas historiográficas del siglo XX, que van perdiendo su influencia a partir de las décadas de 1970 y 1980.

Uno de los capítulos claves de la obra de Sánchez Marcos es sin duda el referente al posmodernismo y el giro lingüístico, ya que dedica mayor espacio a analizar y explicar los planteamientos surgidos a partir de los años ochenta y que constituyen a juicio del autor uno de los virajes fundamentales en los estudios históricos del último siglo. A lo largo del capítulo, dedica varias páginas expresamente dedicadas a la figura y obra de Foucault, una de las mayores influencias en los nuevos «giros» de final de siglo. Así mismo, distingue entre diferentes posiciones dentro de esta tendencia, que pueden considerarse más o menos relativistas en función de cuán al extremo sean llevados los postulados posmodernistas. Estos residen en el acercamiento a, por un lado, la lingüística y, por otro, a la antropología cultural. De esta manera, la realidad objetiva que antes se les atribuía a los documentos se ve difuminada al plantear que factores como el lenguaje o la cultura condicionan los textos y cualquier otro comportamiento social, o dicho de otra forma: “la praxis humana deja de ser fundamentalmente una derivación de las estructuras económicas y sociales y viene a ser, más bien, la cristalización de los mundos mentales y de los imaginarios compartidos” (p. 142). Quizás podría objetarse que el uso de expresiones como “mundos mentales” o “imaginarios compartidos” sería simplificar conceptos.

Además del giro lingüístico, los últimos apartados tratan de otras nuevas formas de entender la historia que se han ido desarrollando a finales de siglo y principios del nuevo milenio, como son la Historia Ambiental (o Medioambiental, como se denomina en el libro) y la Historia Global, con mención a los estudios poscoloniales o los *Subaltern Studies*. Ambas tendencias son claros ejemplos de cómo los estudios históricos

guardan una estrecha relación con el contexto sociocultural en el que surgen, bien relacionados con la problemática ambiental o con la nueva dinámica mundial globalizadora tras 1989. Esto enlaza perfectamente con el último capítulo anterior al epílogo, centrado en los estudios de memoria y en el concepto de «cultura histórica». Se trata, en definitiva, de la visión que una sociedad presenta de su propio pasado, un concepto que pretende abarcar algo más que la pura historiografía, que estaría centrada en la producción académica, prestando a su vez atención a la producción procedente de otros emisores como el cine o la literatura. En palabras del propio Sánchez Marcos, se trata de “comprender e investigar cómo se crean, se difunden y se transforman unas determinadas imágenes del pasado relativamente coherentes y socialmente operativas, en las que se objetiva y articula la conciencia histórica de una comunidad humana” (p. 196).

Con estas últimas ideas, se puede concluir que la visión de la historia del autor incluye la importancia del lenguaje y la comunicación, entendidos estos en su sentido más amplios, como creadores de imágenes del pasado, guardando estrecha relación, como así deja ver a lo largo del cierre, con otros conceptos como los *lieux de mémoire* franceses o la *public history* norteamericana. El historiador presenta, así, una clara función social y política en la configuración, de forma rigurosa y científica, de su cultura histórica.

**Stanley G. Payne, *El camino al 18 de Julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*. Barcelona, Editorial Espasa, 2017, 4ª Edición, 423 pp.**

Por Rafael Zaragoza Pelayo  
(Universidad de Cádiz)

El origen y las causas inmediatas de la Guerra Civil española ha sido un asunto poco tratado por la historiografía sobre el conflicto. Sólo durante los últimos años ha sido abordado abiertamente por historiadores de solvencia profesional. Es el caso de Stanley Payne, uno de los historiadores de mayor autoridad en esta materia, si no el que más. Lo que caracteriza a Payne, además de su independencia y su fidelidad a las fuentes, es su capacidad para compa-

rar la historia de España con su entorno: la historia comparada.

Este libro estudia los meses anteriores a la Guerra Civil española porque según su autor, las decisiones y actuaciones que se adoptaron en esos meses, que bien pudieron haber sido distintas, fueron las que llevaron a la guerra y no algún tipo de determinismo histórico como el supuesto atraso español, u otros. Payne no obstante, no evita analizar los antecedentes y circunstancias históricas de la misma, y como decíamos, compararlas con los de otros países. Su primer capítulo precisamente analiza cómo Inglaterra y Francia tuvieron muchas más guerras internas que España durante los siglos XVI y XVII. Esto se invertirá en el siglo XIX, especialmente belicoso en España, con numerosas guerras coloniales y civiles hasta la llegada de la Restauración, un régimen de monarquía constitucional que dio estabilidad, libertad y crecimiento.

El embate de las fuerzas revolucionarias así como el desistimiento de los monárquicos trajeron la República. Un sistema dice Payne, que Tusell define muy bien como una “democracia poco democrática” con unas reglas de juego hechas por la izquierda y la presencia de fuerzas cuyo objetivo eran la consecución de utopías totalitarias, además de una censura más profunda que la impuesta por la Monarquía constitucional.

A pesar de todo eso, el régimen sobrevivió a multitud de ataques internos: la quema de conventos de 1931, las tres insurrecciones anarquistas entre 1932 y 1933, la débil intentona militar de 1932, la gran insurrección revolucionaria de 1934 del principal partido de la oposición, el PSOE, y la declaración de independencia de la Generalitat.

Payne dedica el capítulo 2 a analizar la insurrección de 1934, que según los propios documentos socialistas debía tener “todos los caracteres de una guerra civil”, y “su triunfo descansaría...en la violencia con que se produzca” (pag. 35). La insurrección tuvo una segunda parte que contribuyó a exacerbar hasta el límite el odio de clase, la campaña contra las derechas sobre la “feroz represión”. Payne documenta las mentiras de dicha campaña, hasta el punto de afirmar